

LA
VENTANA
INDISCRETA

SALVAR A SUAREZ

CON más certeza que nunca podría hoy repetirse aquella afirmación joseantoniana que recogía el griterío de una sociedad acabada: "¡que se hunde estol ¡que se hunde aquel...!", porque no existe una sola parcela de la vida colectiva que no esté erosionada, agrietada o en trance de derrumbamiento. Lo mismo crujen las grandes estructuras económicas —¡treinta mil empresas grandes, medianas y pequeñas echan el cierre!— que las mínimas células vitales: dos representantes de las Fuerzas de Orden Público solicitan la identificación de un muchacho y éste contesta con insolencia: "Soy hijo de Euzkadi y no me siento obligado a responder ante las fuerzas de ocupación de mi país". No era un gesto gallardo, era una insolencia en la que culminaba la hazaña que había motivado la presencia de los representantes del Orden Público: el mozo estaba apaleando a su madre.

Tiene mucho de símbolo esa imagen si se considera que la insolencia en que desemboca una suelta libertad a escala nacional, se traduce en un vapuleo permanente a la entidad materna: España. Quizás la historia analice desde su raíz esta forma de inconsecuencia que ha caracterizado la gestión de don Adolfo Suárez como Presidente del Gobierno. El señor Suárez es un hombre audaz, pero no es un buen político. Un gesto audaz sería dinamitar las Pirámides. Pero un gesto político, traducido en arquitectura, hubiera sido todo lo contrario: Construir las. De la mano de este hombre cruzó España la linde y volvió al pasado. En el pasado residían, en cautiverio, la democracia, los partidos, los separatismos, las pugnas y grescas consuetudinarias. En el pasado estaba la tentadora sugestión de volver al subdesarrollo, al paro, a la incertidumbre. ¿Era esto

la libertad? Me niego a tamaña incongruencia. La libertad es todo lo contrario al desorden.

Ahora el señor Suárez muestra ciertos indicios de alteración y llama a los representantes de los partidos. ¿Vamos a un Gobierno de coalición? Ese era uno de los deseos fundamentales del Partido Comunista. Pero me pregunto si en un Gobierno de coalición estará la solución de la hecatombe, o, cuando menos, si un Gobierno de coalición será suficiente para apuntalar, en precario, el edificio abiertamente declarado en ruina. Y entonces digo que no. Un Gobierno de coalición es el resultado de la comperecencia de todos los partidos en un Gabinete. Esto es: un Gobierno de múltiples disciplinas con recias conexiones en el extranjero.

Esa fórmula de socorro no sacará a España del atolladero. De ahí que me permita, con la humildad necesaria, formular una propuesta: Si la sociedad tiene todavía un mínimo de sensibilidad colectiva y no está dispuesta a apalea como el muchacho vasco a su pobre madre, se apresurará a solicitar un Gobierno de responsabilidad civil, de hombres ajenos a los partidos; un Gobierno para la reconstrucción nacional avalado por la autoridad de todas y cada una de las instituciones nacionales. Otórguesele dos años de confianza; vayamos a una pacificación y planteemos después, en libre concurrencia, el destino que queremos dar a nuestro pueblo. Lo demás es falso. En lo demás está el contrabando de los intereses personales y de los intereses políticos. Sólo se lograría la supervivencia de un "primer Ministro" —en eso estoy de acuerdo con Alfonso Guerra— de cuya mano, alegres y confiados, treinta y tantos millones de españoles se han dado de cabeza contra la pared.

Antonio IZQUIERDO